

zuelas, contestan los incrédulos, jamás han existido, sino es en la imaginación de un impostor, y en la creencia de los tontos.

La verdad es que el mundo se ha convertido sin milagros. Por consiguiente, Jesús de Nazareth no es Dios, ni hijo de Dios. Es solamente un Judío como cualquiera otro Judío, un hombre como los demás, un filósofo como los demás filósofos, con algo más talento ó habilidad. Los apóstoles eran doce pescadores, como los demás pescadores: Dios no estaba ni con él ni con ellos.

VI

Resuelven, pues, de esta manera el problema: «Dado un Judío crucificado, con doce pescadores enviados por él á predicar su doctrina, el mundo ha debido necesariamente convertirse y adorar, como al único Dios del cielo y de la tierra, á este Judío crucificado. Hay una proporción evidente entre el efecto y la causa, entre los

medios y el fin. Nada hay en ello de sobrenatural ni de divino. Todo es muy sencillo, muy natural, muy conforme con las leyes de la lógica.»

Aceptamos esta solución, cuyas consecuencias pondrán de manifiesto su admirable exactitud.

CAPÍTULO XXIV

Consecuencias

I

PRIMERA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que un Judío crucificado, ayudado por doce pescadores, sin instrucción, sin dinero, sin protección, sin crédito, haya persuadido, en pleno siglo de Augusto, al mundo entero, á derribar sus ídolos, á quemar sus templos, á cambiar sus leyes, á purificar sus costumbres, y á hacerse adorar como Criador del mundo y el único Dios del cielo y de la tierra, que había sido crucificado entre dos

malvados, como el más malvado de los tres.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

II

SEGUNDA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que por espacio de tres siglos, millones de hombres, de mujeres, de ricos, de pobres, de senadores, de príncipes, de generales, de cónsules; en el Asia, en África, en Grecia, en Roma, en las Galias, en las Españas, en la Germania, en toda la extensión del globo, se hayan dejado desgarrar, triturar, quemar, ahogar, partir en pedazos, por tener el placer y el honor de adorar, como único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

III

TERCERA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural y muy lógico,

que al cabo de mil ochocientos años, y á pesar del trascurso del tiempo y del desarrollo de la ilustración, el mundo no haya salido de su vergonzosa idolatría; que, por el contrario, cientos de millones de hombres y mujeres de todos los países amen y adoren al Judío crucificado, que no es más que Judío, hasta dejarse degollar por él, y sacrificarle por un acto voluntario su fortuna, su libertad, su familia, sus esperanzas, sus más caras afecciones.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

IV

CUARTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que el mundo haya llegado á ser mucho más ilustrado, que lo que antes era, mucho más virtuoso, mucho más libre, mucho más civilizado, mucho más feliz bajo todos conceptos, profesando el absurdo elevado á su más alta potencia, es decir, adorando como

Criador del cielo y de la tierra un Judío crucificado, que no es más que Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

V

QUINTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que toda la porción del género humano que rehusa adorar, como al único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que Judío, permanezca sumergida en la barbarie, en la esclavitud, en la corrupción, en un horrible abismo de miserias.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VI

SEXTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que esta porción degradada del género humano salga de la barbarie, de la esclavitud, de la corrupción, y

camine por las sendas de la libertad, de la civilización y del bienestar, tan luego como adora, como al único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VII

SÉPTIMA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que todas las naciones que dejan de adorar con fe y fervor, como al único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que un Judío, comiencen por perder su ilustración, su moralidad, su paz y concluyan por caer, de revolución en revolución, en las angustias del mundo pagano, en la abyección del materialismo pagano, en las garras del despotismo pagano, de donde les había sacado la adoración del Judío crucificado.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VIII

OCTAVA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que un Judío crucificado, que no es más que un Judío, habiéndose lanzado de un salto desde el patíbulo en que acababa de espirar, sobre los altares del mundo entero, se mantenga inmóvil en ellos, al cabo de mil ochocientos años, á pesar de todos los esfuerzos de la astucia, las violencias de la fuerza, el desencadenamiento de las pasiones, unidas para derribarle; y esto en medio de las ruinas, veinte veces acumuladas, de todo lo demás, imperios, monarquías, repúblicas, sistemas, instituciones.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

IX

NOVENA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que todos los pueblos del mundo, que esperaron del cielo durante cua-

tro mil años un libertador, encargado de restablecer en la tierra el reino de la verdad, de la justicia y de la virtud, hayan reconocido por objeto de sus esperanzas á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Que, á partir desde este momento, hayan cesado de esperar otro libertador.

Que Dios, que no es nada, sino es la bondad, la verdad, el poder infinito, haya permitido sin reclamación, sin oposición, que este Judío crucificado se haya apoderado en provecho propio de la fe y de la adoración del género humano.

Que este Judío, sin ser más que un Judío, haya verificado todas las obras de Dios, ilustrado, consolado, libertado, hecho á los hombres mejores y más felices; y todo esto sin ser Dios, ni enviado por Dios, sino un insigne falsario, mil veces digno de la cruz en que fué enclavado.

Decís que todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de compren-

der, que en todo esto no hay nada de sobrenatural, de divino, ni aun sombra de milagro.

Para participar de vuestro parecer, el cristiano sólo tiene que preguntarnos una cosa.

CAPÍTULO XXV

Una experiencia

I

Para probarnos, como dos y dos son cuatro, que la conversión del mundo con todas sus consecuencias, verificada por un Judío crucificado, que no es más que un Judío, ayudado de doce pescadores, como todos los demás pescadores, es una cosa muy fácil, muy lógica, que de ninguna manera excede las fuerzas humanas, y que no exige ningún milagro, rogamos á cualquier incrédulo de los de más renombre, Renán por ejemplo, que nos dé una repetición de ello.

Jamás hubo empresa más digna de

su gran corazón; su profunda compasión por el género humano, vilmente encorvado, hace tantos siglos, bajo el degradante yugo de la idolatría cristiana, no permite dudar que se prestará gustoso á la experiencia propuesta.

II

El orgulloso enemigo de la divinidad del Cristianismo, baja á la calle una mañana con sus dos famosos libros bajo del brazo, y se dirige al arrabal de San Antonio. Se presenta á su vista el hijo de un carpintero, que fuma un cigarro á la puerta del taller de su padre.

Renán le llama y le dice: «Yo soy Renán, miembro del Instituto. La ciencia me ha demostrado, que el establecimiento del Cristianismo es obra puramente humana. Jesús no es Dios, no ha hecho milagros. Los apóstoles eran unos ilusos. Víctimas de una alucinación, cosa muy frecuente en la Judea, se les ha figurado ver lo que no han visto y oír lo que no han

oído. Estos libros míos te darán la prueba de ello.»

«Hace dieciocho siglos, que fuera de mí y algunos otros, la humanidad está siendo víctima de una mistificación vergonzosa. Para convencerla de ello, he resuelto repetir el hecho cuyo héroe fué Jesús.»

III

«Te he elegido para realizar esta empresa, el resultado hará tu gloria y la mía. Poseído de este pensamiento, vas á desempeñar el papel de Jesús de Nazareth. Conoces este papel, y te hallas en las mejores condiciones para cumplirle. Eres carpintero é hijo de un carpintero, y para salir bien, no tienes necesidad de agentes sobrenaturales, ni de milagros. Manos á la obra, y serás inmortal.»

IV

Fiado en la palabra del sabio académico, el joven carpintero abandona el taller de su padre, baja por las riberas

del Sena, y reúne en su rededor doce pescadores de profesión. «Amigos míos, les dice, dejad vuestras barcas y vuestras redes. Seguidme, voy á hacer una comunicación importante.»

Los pescadores le siguen.

V

Sube con ellos al montecillo *Chau-mont*, y retirándose á un lado, les hace sentar sobre el césped y les habla en estos términos: «Vosotros me conocéis, sabéis que soy carpintero de profesión, é hijo de un carpintero. Hace treinta años que trabajo en el taller de mi padre. En él me habéis visto muchas veces, cuando ibais á buscarme para reparar vuestras barcas.»

VI

«Pues bien, estáis en un error. No soy lo que os figuráis. Tal como me veis, soy Dios. Yo he criado el cielo y la tierra. Estoy resuelto á hacerme reconocer por lo que soy, y á que se

me adore en todo el universo hasta el fin de los siglos, y quiero asociaros á mi gloria.»

VII

«He aquí mi proyecto: Comienzo por recorrer durante algún tiempo, los alrededores de París, predicando y pidiendo limosna. Los unos me oyen, los otros se burlan de mí y me rechazan. Soy acusado de muchos crímenes, y me arreglo de tal modo, que me condenan á morir en el patíbulo. Este será mi triunfo.»

VIII

«Tres días después de la ejecución resucito, y os digo: Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del carpintero de París, haciéndolas creer todo lo que yo os he enseñado, y practicar todo lo que yo mando.»

IX

«París será el primer teatro de vuestra predicación. Recorred las calles,

deteneos en las plazas, llamad á los transeuntes y decidles: «Oid la gran
»nueva. El joven carpintero del arrabal de San Antonio, que recorría los
»alrededores predicando y mendigando, que ha sido condenado á muerte
»por los tribunales y ejecutado estos
»últimos días, no es un hombre, es el
»hijo de Dios, el criador del cielo y
»de la tierra.»

X

«Para tener la gloria y el placer de adorarle, debéis todos, sin excepción, hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, comenzar por confesar que vosotros y vuestros padres, como todos los pueblos del mundo, habéis sido hasta ahora un rebaño de ignorantes, víctimas de los más groseros errores.»

«Debéis además, arrepentidos de corazón, arrodillaros humildemente á nuestros pies, decirnos todos vuestros pecados, aun los más secretos, y practicar cuantas penitencias nos parezcan bien imponeros.»

XI

«Tendréis también el gusto de dejaros injuriar, burlar, insultar, sin decir una palabra; poner en prisión, sin oponer la menor resistencia; azotar hasta derramar sangre, dando muchas gracias por ello; en fin, cortar la cabeza en la plaza pública, y creer en el fondo del corazón, que es la mayor dicha que puede sucederos.»

«He aquí, amigos míos, lo que repetiréis en todos los barrios de París. Desde aquí os extenderéis por las provincias; atravesaréis los Alpes, los Pirineos, el Océano, é iréis á predicar la misma doctrina hasta las extremidades del mundo.»

XII

«No debo disimularoslo. Todo el mundo se burlará de vosotros, las personas importantes dirán que estáis bebidos. Los chiquillos os seguirán en tropel, insultándoos y arrojándoos piedras. Todo esto producirá turbaciones en la

ciudad. Os detendrán los agentes de policía, y seréis llevados ante la justicia; el procurador Imperial os reprenderá severamente, y os prohibirá predicar mi doctrina.»

«No le escucharéis; antes bien, la predicaréis con más ardor. Os detendrán de nuevo, vosotros os dejaréis detener. Os azotarán otra vez, vosotros os dejaréis azotar. Os volverán á poner en prisión; vosotros os dejaréis prender. En fin, para haceros callar, en París ó en otra parte, os cortarán la cabeza; vosotros os la dejaréis cortar. Es lo mejor que os puede suceder.»

XIII

«Cuando tenga lugar esto, habremos logrado completamente nuestro objeto. Yo seré reconocido por el único Dios verdadero. Seré adorado, en primer lugar, en París, después en el departamento del Sena y en todos los demás. Desde París pasará el culto á Roma, á Londres, á San Petersburgo, á Madrid, á Constantinopla y á Pekín.

Bien pronto el taller de mi padre será una hermosa capilla, á la que concurrirán multitud de peregrinos de las cuatro partes del mundo, y sus ricos presentes serán el orgullo de mi ciudad natal.»

XIV

«En cuanto á vosotros mis doce apóstoles, seréis doce santos á quienes invocará todo el universo. Colocarán vuestros huesos en altares de oro y de mármol; vuestras estatuas en nichos, y vuestros retratos, pintados sobre banderas, serán llevados en procesión, no solamente en París, sino en el mundo entero, hasta el fin de los siglos. De modo que alcanzaréis indudablemente la inmortalidad, sin contar el cielo que os prometo por toda la eternidad. ¡Qué dicha para vosotros! ¡Qué gloria para vuestras mujeres y para vuestros hijos!»

«La conversión del mundo no ofrece dificultad alguna, y tal es mi proyecto. Es, como veis, muy sencillo,

muy lógico, en nada excede las fuerzas humanas, y no exige ni aun la sombra de un milagro.»

—«Puedo contar con vosotros ¿no es verdad?»

XV

¿Cómo sería acogido semejante discurso? No hay necesidad de decirlo. Oigo á nuestros bravos pescadores, irritados por la mistificación de que han sido objeto, reprochársela enérgicamente á su autor, de palabra, con los gestos y aun con las manos. Les veo volver á París, publicando por todas partes que el joven carpintero del arrabal de San Antonio ha perdido la cabeza.

Y nadie se admirará al saber que el nuevo Dios ha sido conducido en el mismo día al hospital de Charentón, en donde goza en lugar de los honores divinos, el privilegio bien ganado de ocupar el segundo lugar entre los locos; perteneciendo el primero, sin disputa alguna, al inventor del proyecto.

CAPÍTULO XXVI

Una conclusión

I

Es indudable que la empresa del carpintero de París es el colmo de la locura; sin embargo, no es más insensata que la de Jesús de Nazareth, si éste no es más que un simple mortal, nacido en un establo, educado en el taller de un artesano, obrando sin el socorro de manifiestos milagros.

II

Lo es todavía mucho menos. Un carpintero de París vale más que un carpintero de Nazareth. Un francés guillotinado es superior á un Judío crucificado. Doce pescadores del Sena pueden sostener perfectamente, por su saber y su valor, la competencia con doce pescadores de los pequeños lagos de Galilea. Es incomparablemente menos difícil hacer adorar á un ciudadano

francés en el siglo diecinueve, que hacer adorar un Judío en el siglo de Augusto.

III

Así que, es el último grado del ridículo, querer explicar el establecimiento del Cristianismo por causas puramente humanas. Sin embargo, no hay efecto sin causa. Haga lo que quiera el incrédulo, el Cristianismo es un hecho; y este hecho importuno se levanta ante él con toda su inmensa altura. Y puesto que no hay causa alguna humana que pueda explicar su establecimiento, es indispensable, á menos de admitir un efecto sin causa, reconocer en ello una causa divina; Dios ha intervenido, ha habido milagro.

IV

Pero si Dios ha intervenido en su establecimiento, no pudiendo Dios ni engañarse ni engañarnos, el Cristianismo es verdadero, únicamente verdadero, completamente verdadero. A

todos los dogmas que enseña, á todos los deberes que impone, hay que decir necesariamente CREDO.

El Cristianismo me dice: El hombre ha caído: CREDO.

El hombre ha sido rescatado: CREDO.

Ha sido rescatado por Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre: CREDO.

El hombre tiene un alma inmortal: CREDO.

Hay un infierno eterno: CREDO.

Hay un cielo eterno: CREDO.

Hay una Iglesia infalible, encargada de enseñar la verdad: CREDO.

Esta Iglesia subsistirá hasta el fin del mundo: CREDO.

Esta Iglesia es la Iglesia católica, apostólica, romana: CREDO.

V

El Cristianismo me dice que el único medio de evitar el infierno y de merecer el cielo, es practicar lo que él me manda: CREDO.

Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á mí mismo: CREDO.

Perdonar las injurias: CREDO.

Respetar los bienes ajenos: CREDO.

Vivir castamente: CREDO.

Humildemente: CREDO.

Mortificarse: CREDO.

Confesarse: CREDO.

Comulgar: CREDO.

VI

Siendo el Cristianismo verdadero, completamente verdadero, todos los sistemas contrarios al Cristianismo son falsos, todas las objeciones nulas, pues no pueden existir verdades contradictorias.

De manera, que ante el solo hecho del establecimiento del Cristianismo, todos los sistemas: Racionalismo, Panteísmo, Materialismo, Ateísmo, Naturalismo, Cesarismo, Sensualismo, Positivismo, Socialismo, Solidarismo, Espiritismo, que como la hidra de la fábula, ó la bestia del Apocalipsis, le-

vantan su asquerosa cabeza contra el Cristianismo, son falsos, completamente falsos.

De manera, que todos los sofismas, todos los *sí*, todos los *pero*, todos los *porque* contra el dogma, la moral y el culto del Cristianismo, se estrellan contra él, como la bala del Árabe fugitivo contra la pirámide del desierto.

VII

Hemos logrado nuestro objeto. El cristiano del siglo diecinueve conoce el REFUGIO, el castillo fuerte, la inexpugnable ciudadela, desde donde puede desafiar los ataques de sus enemigos, lo mismo que las tormentas y los peligros de los tiempos actuales.

Aquí podríamos dar por terminada nuestra tarea. Queremos, no obstante, continuarla. Nos parece útil poner de manifiesto todo el poder, no solamente *defensivo*, sino también *ofensivo*, de esta palabra maravillosa: CREDO.

CAPÍTULO XXVII

Una arma ofensiva

I

La primera é inmensa ventaja del hecho sobre que se funda el CREDO del cristiano, el establecimiento del Cristianismo, es aniquilar de un solo golpe todas las objeciones. Otra, no menos importante, es convertirlas en pruebas y pruebas triunfantes.

De escudo y refugio, el CREDO se convierte en *revólver* y *cañón rayado*. De arma defensiva, se convierte en ofensiva de un poder y precisión admirables. Vamos á demostrarlo. Ya que durante tanto tiempo de todo se ha valido el impío contra la Religión, séanos permitido usar de represalias y volver contra él sus propias armas. Bastantes veces ha convertido el incrédulo al cristiano en idiota; ¿llevará á mal que el cristiano le transforme en apologista?